

ANDRÉS NEUMAN / UN PAÍS LLAMADO CUENTO

Sombras del tiempo. Estudios sobre el cuento español contemporáneo (1944-2015), de Fernando Valls (Iberoamericana-Vervuert, 2016).

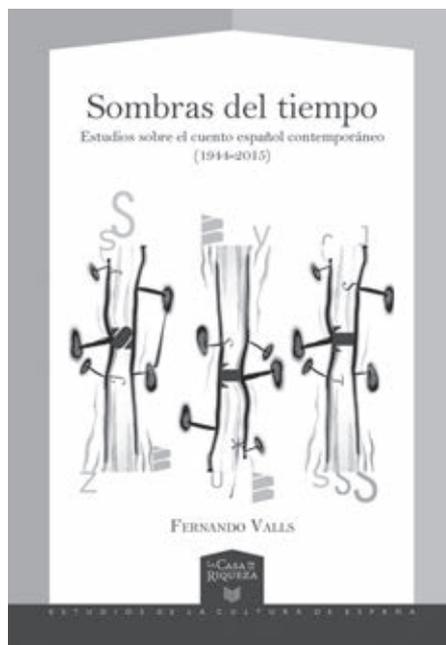
En lo que a formas literarias se refiere, la elasticidad crítica de Fernando Valls constituye un caso en verdad notable: un reconocido estudioso de la novela española que ha terminado convirtiéndose además en uno de los máximos expertos y propagadores de la micronarrativa. Por no mencionar su inclinación por el aforismo, recurrente en su blog y palpable desde el primer epígrafe de este volumen, que nos devuelve al maestro del aforismo argentino, Antonio Porchia, autor de la mínima opera magna *Voces*. Dicho epígrafe (tan revelador y elíptico como la materia que se propone metaforizar) se refiere a la capacidad iluminadora de la sombra. «Las sombras: unas ocultan, otras descubren». No es difícil intuir el guiño al arte sumergido del cuento. Precisamente Porchia es (junto a Cristina Fernández Cubas) motivo inspirador del título del libro.

Aquí nos encontramos a Valls, en plenitud de curiosidad, autoridad y erudición, transitando un territorio digamos fronterizo entre los dos extremos de sus intereses lectores: la narrativa breve, a la cual ha consagrado buena parte de sus investigaciones en las últimas décadas. La segunda mitad de ese período ha venido acompañada además por una impagable labor como director editorial de Menoscuarto. Que, junto a Páginas de Espuma, son sin duda los sellos que más han contribuido a la consolidación, formalización y prestigio del género en España en lo que va de siglo.

Uno siempre ha tenido la sospecha de que, entre los factores externos que han impedido que el reconocimiento público del cuento corriese paralelo a sus resultados literarios, la escasez de una crítica especializada no ha sido precisamente el menor de ellos. Por eso es tan digno de celebrar lo que estas páginas nos confirman: que, a pesar de los pesares, en España esa crítica existe, resiste y predica para convertir el desierto en oasis.

A lo largo de los casi cincuenta ensayos que componen *Sombras del tiempo*, el autor ejerce con ejemplaridad aquello que —como él mismo nos recuerda— Max Aub llamó crítica viva. Y dado que Aub es también analizado en el volumen, puede decirse que Valls hace con sus sujetos críticos lo mismo que estos suelen hacer, aunque en sentido inverso. Si un buen escritor de ficción es borgeanamente capaz de digerir cualquier teoría para convertirla en materia narrable, acaso los teóricos más ricos sean aquellos capaces de apropiarse de las ficciones que exploran para moldear su propia lógica teórica.

Titánico en su ambición documental y en el espectro que abarca, el libro parece atravesado por una cuestión de fondo sobre la cual (muy deliberadamente a contrapelo de las actuales nociones líquidas de los géneros) nuestro crítico viene reflexionando desde hace tiempo: la especificidad de la narrativa breve y la micronarrativa. La materia, digamos, de su enigma. Ello no le impide en absoluto, y he aquí uno de sus mayores méritos, estudiar con entusiasta puntería la obra de



diversos autores que, de algún modo, cuestionan las esencias tradicionales del cuento.

Tales serían los casos de Vila-Matas, de quien se examina sobre todo *Hijos sin hijos*, uno de los hitos de ese período más narrativo que hoy parece sepultado bajo el prestigio de su veta metaliteraria. De Eloy Tizón, autor de uno de los pocos clásicos indudables de las dos primeras décadas de siglo, *Técnicas de iluminación*. De Pilar Adón, siempre a caballo entre la historia elusiva y el lirismo onírico. O de la neovanguardia (tanto práctica como teórica) de Ángel Zapata. A su vez estudioso, por cierto, del gran Medardo Fraile, uno de los pocos referentes sobre el cual se echa en falta un ensayo específico en este verdadero atlas del cuento contemporáneo en nuestro país.

Esta heterodoxia o desvío de los cánones del relato rara vez fue, curiosamente, el

caso del poeta José Hierro en su faceta narradora, a la cual Valls dedica uno de los ensayos más apetecibles y originales del libro, continuando así con la labor de Santos Sanz Villanueva. Aquí el lector de Hierro se queda con ganas de seguir profundizando por su cuenta en la fértil asociación entre las *alucinaciones* y *reportajes* por un lado, y las vetas líricas y documentales de sus relatos por el otro.

Mención especial merece la meditada y sinérgica estructura del libro. En efecto, el desafío a la hora de presentar juntos estos materiales (originalmente dispersos y de variado formato) era su articulación. Aunque resulta indudable la destreza con que el autor ha salvado los posibles escollos, lo cierto es que esa heterogeneidad era solo aparente o muy relativa. En realidad, todos ellos forman parte de una misma, prolongada e intensa dedicación a un campo literario muy concreto, la cual ha ido generando en Valls un *modus operandi* muy reconocible y una lógica estética propia.

Apreciable a lo largo de todo el volumen, la formación de esta mirada teórica resulta especialmente palpable en las secciones segunda y quinta, donde los textos más recientes parecen ir heredando y perfeccionando las nociones adquiridas en los más antiguos (alrededor de un cuarto de siglo separa a unos de otros). En ese sentido, pienso que nos hallamos ante un caso de particularísimo interés: asistir a la consolidación teórica del propio crítico, como si —*mutatis mutandis*— estuviésemos ante un ensayo de aprendizaje o *Bildungssesay*. Esta lectura casi narrativa del conjunto se ve un tanto dificultada por el nuevo orden dado a las piezas, que no se corresponde con el meramente cronológico. Sin embargo, nada nos impide llevarla a cabo mediante una lectura *à la rayuela*, orientándonos por las fechas que figuran en la nota sobre la procedencia de los textos.

Ya en el prólogo, el propio autor nos llama la atención acerca del díptico que este libro podría conformar junto a *La realidad inventada. Análisis crítico de la novela española actual* (Crítica, 2003). Queda así al descubierto la complejidad interna, casi novelística, de todo su tra-

bajo investigador: amplias recurrencias descompuestas en pequeñas piezas, al modo de un mosaico; y breves, intermitentes aproximaciones que van poco a poco trazando la línea coherente de los grandes proyectos.

Tras el prólogo, el primer bloque se inaugura con el análisis fulgurantemente diacrónico del ensayo inicial, que abarca y a la vez comprime la historia del género, y que tiene la función de dibujar el arco de todo el libro. Además de plantearse otra de esas preguntas que, por ingobernables, nadie suele atreverse a afrontar: ¿hasta qué punto puede hablarse, como objeto literario más o menos definido, de un cuento español? ¿Qué tensiones se establecen entre una geografía, una circunstancia histórica y sus imaginarios narrativos? ¿Cuáles son los matices ideológicos entre fenómenos como la internacionalización, la deslocalización o la globalización narrativa?

Mientras se despliegan posibles respuestas a estos interrogantes, aquí no solo se repasa la trayectoria de muchos de los nombres fundamentales de nuestra nueva cuentística (Ángel Olgoso, Óscar Esquivias, Javier Sáez de Ibarra...), analizando sus cuentos más representativos, sin eludir las ocasionales y razonadas objeciones. Sino que también se procura asociar sus patrones constructivos, estilísticos y narrativos, a la búsqueda de constantes y de contradicciones.

La segunda sección posee particular interés por lo que tiene de metacrítica, un poco a la manera en que José Luis García Martín solía analizar (y a menudo destripar sin miramientos) las antologías poéticas que convivían con las suyas. Valls no se limita a opinar neutralmente acerca de su contenido. Sino que, corriendo riesgos que jamás ha temido, suele además nombrar a aquellos autores que a su criterio faltan o sobran. Se esté o no de acuerdo con esas elecciones particulares, uno no puede más que admirar la documentada firmeza de cada una de sus apuestas.

Al fin y al cabo, Fernando Valls ha sido también antólogo pionero. Su antología *Los cuentos que cuentan* (Anagrama, 1998), preparada hace ya veinte años junto a Masoliver Ródenas, se encargó en cierto sentido de reflejar y confirmar el renacimiento de la narrativa breve en España. Y ha seguido actualizando dicha labor hasta la actualidad, por ejemplo, mediante la selección de jóvenes autores *Siglo XXI* (Menoscuarto, 2010), elaborada junto a la también notable narradora Gemma Pellicer. Estos textos funcionan por tanto como una suerte de antología de antologías, como pequeña *summa* de las diversas generaciones de recopilaciones cuentísticas en España.

La secuencia se abre (y la centuria anterior se cierra) con una ya emblemática recopilación de José María Merino, figura tutelar donde las haya, y otra enormemente valiosa de Ángeles Encinar, que recoge a treinta autoras de Chacel a Gopegui. Transita luego la sugestiva serie materno-filial de Laura Freixas (ensayo que parece con-

tener la única reflexión de género un tanto desfasada en términos históricos, y que acaso hubiera merecido una mayor matización que



A. NEUMAN /
UN PAÍS
LLAMADO
CUENTO

la nota a pie de página con que se completa: me refiero a la duda sobre hasta qué punto hay más lectoras que lectores, y sobre sus preferencias a la hora de elegir sus lecturas). Continúa comentando el primer tomo de la serie *Pequeñas resistencias*, que me tocó elaborar para Páginas de Espuma, y cuyo título, de ligero trasfondo irónico, Valls discute por cierto con la mayor sensatez. Y concluye con dos recientes selecciones de jóvenes cuentistas nacidos durante los ochenta, que en general reciben una paliza desmedida, si bien tampoco dejan de destacarse los textos predilectos (entre ellos los de Aixa de la Cruz, Matías Candeira, Juan Soto Yvars o Cristina Morales, por mencionar a quienes se han mostrado más activos desde entonces).

Para ser exactos, este segundo bloque incorpora un texto más, dedicado a la colección de cuentos que la añorada Ana María Moix dirigió para Plaza & Janés. Aun compartiendo la importancia literaria y divulgativa de aquel emprendimiento, este es acaso el único texto de todo el volumen que pareciera ligeramente descolocado, ya que hubiera parecido quizá más natural finalizar la sección con el texto anterior, permitiendo así al lector transitar desde el siglo en que ha nacido al siglo en el que habita.



Cristina Fernández
Cubas

entrañable Antonio Pereira, a mi gusto destacan sobre todo tres estudios. En primerísimo lugar, uno sobre Ignacio Aldecoa: uno de esos

clásicos de nombre perpetuamente familiar y lectura tercamente postergada, y autor de aquella obra maestra titulada *El corazón y otros frutos amargos*, que el propio Valls se encargó de introducir con este texto en su reedición de Menoscuarto.



José M.ª Merino

Otra cima es el estudio dedicado a Daniel Sueiro, niño de posguerra y coetáneo de un titán del cuento que se ha salvado al menos a medias del olvido, Fernando Quiñones. Este texto resulta de particular interés y se deja leer como complemento al prólogo que Valls había dedicado a uno de los trabajos más logrados de Sueiro, *Los conspiradores* (Premio Nacional que extrañamente debió esperar cinco años para ser impreso), cuando aún eran raras entre nosotros las reediciones de su obra. El otro ensayo que sobresale en esta sección (y particularmente agudo en sus observaciones) es el que estudia la narrativa breve del elusivo García Hortelano, y que viene a iluminar y poner en perspectiva un costado más bien menor de su obra.

Eduardo Zúñiga





A. NEUMAN /
UN PAÍS
LLAMADO
CUENTO

Singularmente conmovedora resulta la cuarta parte del libro, bautizada con un oxímoron más ideológico de lo que parece: *En recuerdo de los olvidados*. Basta reproducir aquí las líneas con que arranca el primer ensayo, para tomar conciencia de hasta qué punto nuestra memoria política y (por tanto) literaria se asienta sobre un paisaje de bochornosa amnesia: «Pocos lectores debe de haber que no hayan oído hablar de Arturo del Hoyo, aunque solo sea por su temprana edición de las *Obras completas* de Federico García Lorca». Me temo que, en realidad, pocos lectores quedan hoy que *sí* hayan oído hablar de él.

Un nuevo epígrafe de Porchia, que no por casualidad describe la trágica apertura de una puerta que conduce a otras cien puertas cerradas, da paso a un formidable ensayo sobre Álvaro Fernández Suárez, digno representante de los exiliados y olvidados en Uruguay. Allí coincidiría con Margarita Xirgu y José Bergamín, entre otros muchos, además de verse obligado a ganarse la vida como estibador en un muelle. Al parecer, no todos los mares llegan a buen puerto. No es de extrañar así que su segundo libro de cuentos se titulase *La ciénaga inútil*. Como el propio Valls suspira al concluir el ensayo siguiente, dedicado a Antonio Núñez (por cierto redactor y columnista satírico de *Ínsula*): «En fin»...

El quinto bloque del libro se consagra al resurgimiento del cuento que tuvo lugar a partir de los años ochenta. Su nombre inaugural es, con justicia, el de Juan Eduardo Zúñiga, referente indiscutible del género, memoria colectiva andante y hasta prologuista de Chéjov. En tiempos donde la Guerra Civil ha dejado (¿seguro?) de funcionar como tabú, conviene recordar su adelantada y retrospectiva joya *Largo noviembre de Madrid*, publicado en una época con urgentes anhelos de futuro y muy poco deseo de mirar hacia atrás. La siguiente invitada es Esther Tusquets, auténtica mujer orquesta de nuestras letras, buque insignia de las heterodoxias feministas y lésbicas en la España de la Transición, y en general más conocida por sus novelas y su legado editorial que por sus cuentos. Este detalladísimo ensayo viene a ocuparse por tanto (en un valioso empeño que signa todo el volumen) de una zona lateral y poco explorada de su obra. Más que plegarse al canon, la militancia de Valls consiste en ensancharlo.

Otros predilectos del autor desfilan por este capítulo. Por ejemplo, Tomeo, quien ha convertido en breve todo lo que ha tocado: la novela, el teatro, el cuento; y cuyas *Historias mínimas* serían celebradísimas si se publicaran hoy mismo. Esas extraordinarias máquinas de prosa llamadas Pombo y Marías, cuya oceánica sintaxis suele propender más a la narrativa de largo aliento, y que sin embargo nos han dado (sobre todo en el caso del segundo) un puñado de cuentos memorables, con algún que otro fantasma de guardia. Luis Mateo Díez, que jamás defrauda, y de quien se analiza entre otros su muy recomendable *Los males menores*. De la maestra Fernández Cubas, autora de varios de los mejores libros de relatos de su generación, recoge Valls, uno de los mayores expertos en su obra de nuestro país, una definición del «elemento perturbador» que bien valdría por una poé-

tica: «puede tratarse de un ave de paso o de una amenaza con voluntad de permanencia. En ambos supuestos, las cosas ya no volverán a ser las mismas. Algo se ha quebrado en algún lugar...». Y el ya mencionado Merino, a quien nunca agradeceremos lo suficiente clásicos como *Cuentos del reino secreto* o *Cuentos del Barrio del Refugio* (barrio madrileño que Valls estudia con la misma precisión con que comenta su trasunto narrativo). O las aventuras satírico-teóricas protagonizadas por el recurrente profesor Souto, para quien desde aquí pedimos el ingreso a la Real Academia, aunque sea en calidad de miembro imaginario.

La sexta sección del libro está compuesta por piezas algo más breves, en algunos casos reseñas más que ensayos de fondo, acerca de varios de los cuentistas señeros de la generación siguiente. Por ejemplo, Juan Bonilla, uno de los narradores españoles que más y mejor ha asimilado la tradición allende los mares. Eloy Tizón, acaso el más poeta, el más epifánico de nuestros cuentistas. O Fernando Aramburu, de cuyos cuentos sobre el conflicto vasco se hacen consideraciones que resultaría de enorme interés releer a la luz de su actual *Patria*.

En la séptima y última parte del libro, vuelve a quedar de manifiesto el decidido y necesario seguimiento que Valls ha venido haciendo de las nuevas narradoras españolas, desde Cristina Grande (*La novia parapente* y *Dirección noche* son auténticas joyas de la perturbación) a Marina Perezagua (autora de un espléndido dúo de cuentarios, el último de los cuales daría como fruto su siguiente novela), pasando por Elvira Navarro (las cuatro narraciones de su debut *La ciudad en invierno* siguen causando un impacto indeleble en cualquiera que las lea).

El autor sintoniza así su olfato crítico con un fenómeno que parece ya indudable en el ámbito de toda la lengua: el encumbramiento de una extraordinaria generación de cuentistas mujeres, en la que sobresalen las argentinas Samanta Schweblin y Mariana Enríquez, la mexicana Guadalupe Nettel, la boliviana Liliana Colanzi, la uruguaya Vera Giacconi o la chilena Paulina Flores, entre otras. Estos fenómenos de ida y vuelta son de hecho oportunamente intuidos por el propio Valls, cuando en otro lugar del libro desliza la hipótesis de que la gran tradición del cuento español renació tras asimilar las enseñanzas del cuento latinoamericano.

A todas las facultades de un crítico de cabecera, Valls le suma una virtud tan insólita en el reino del ensayo académico como de agradecer para cualquier lector: una extremada legibilidad, posible gracias a la fluidez coloquial de su estilo. Como si, más que la del ensayo especializado, el auténtico registro del libro fuese otro más ameno e infrecuente en la tradición hispánica: el ensayo oral, tan característico de tradiciones como la anglosajona.

Todo esto, *und mehr* (como diría este crítico de prusiana disciplina y bávaras pasiones), lo encontrarán ustedes en este monumento a la narrativa breve.

A. N.—ESCRITOR

INSULA 844



ALMANAQUE 2016
Coordinado por Itziar López Guil

INSULA 847-848
JULIO-AGOSTO 2017

40